

# MIRANDO HACIA ATRÁS CON IRA. Y TAMBIÉN HACIA ADELANTE

Pilar Salamanca

RESUMEN: Difícil y poco convencional relación con lo simbólico. Búsqueda de la unidad entre la ética y la estética, entre el pensamiento y la emoción. Técnicamente una especie de *collage*. Una mínima contribución al esfuerzo realizado por nosotras, las mujeres, con el objetivo de transformar una cultura, unos presupuestos, argumentos y unas creencias que de siempre han ninguneado nuestros esfuerzos.

Palabras clave: anticonvencional, unidad ética/estética, mujeres

ABSTRACT: A difficult and unconventional relationship with symbolism. A constant search between Ethics and Aesthetics, between thought and emotion. Technically a sort of collage. A minimal contribution to the effort we, the woman, make with the aim of transforming a Cultura and with this Culture her arguments and believes that have ignored always our efforts

Key words: anticonventional, ethics/aesthetic unit, women.

Un sentimiento, éste de la ira, que a primera vista puede parecer inmoderado sin embargo, si tenemos en cuenta que la *moderación* es una cualidad impuesta por nuestra igualitaria sociedad como norma de vida y que como bien dice la palabra obliga –sobre todo a las mujeres– a sentir moderadamente, pensar moderadamente, decir moderadamente, comer moderadamente y, desde luego, existir moderadamente... no es de extrañar que una reaccione, como poco, airada. Y es que en según

qué circunstancias, qué quieren que les diga, la ira me parece un sentimiento muy sano y además, vivificante. La moderación (me refiero a la moderación impuesta) así como la neutralidad o la equidistancia son actitudes, cómodas eso sí, pero que nos apagan e inundan de silencio. Es más, creo que más que otra cosa son estrategias que sirven para domesticar al personal para que una vez domesticado (moderado) resulte más fácil de silenciar. Y de esa manera, casi sin darnos cuenta, se va asumiendo esa clase de involuntario silencio hasta que se convierte en una norma de conducta. Sin embargo y a mi modo de ver, esa clase de silencio no es de ninguna manera un silencio creativo sino que se trata más bien de un silencio *silenciado*, valga la redundancia. Un silencio sordo y opaco. Simplemente un *no-decir*.

Nos prefieren calladitas porque esa es la forma más sencilla de evitarse problemas. El silencio, en estos términos, daría a entender que no existimos o también que no existen los problemas, que la lucha (la lucha de las mujeres) ha terminado y que nuestras reivindicaciones, finalmente, han dejado de tener sentido.

Y eso no es cierto.

Lo que intento decir es que resulta muy fácil caer tontamente en la ilusión de creer que lo que *no se dice* puede, de hecho, no existir. *Ese* —creo yo— es uno de los mayores logros del mecanismo que controla a nuestra sociedad. Un logro que consiste en crear y difundir una mentira a partir de todo aquello de lo que no se habla o no se habla lo suficiente.

Y en eso estamos: hablar, contar.

Sólo que nadie me enseñó nunca a hablar de lo que *yo* hacía, de lo que *yo* pensaba o ni mucho menos, de lo que *yo* quería. Muy al contrario, siempre me dijeron que hablar de una misma o de lo que una misma hiciera es una suerte de vanidad insoportable, una falta de educación muy seria. En el lejano Pleistoceno, es decir cuando yo era niña, los mayores esfuerzos iban dirigidos a que todas y todos tuviésemos el mayor tiempo posible la boca cerrada. Como muchas otras, pertenezco a la generación del “NO”: *no hagas esto, no hagas lo otro* (y además) *no me repliques*. Las cosas eran en todos los sitios más o menos igual: en el colegio, las profesoras distinguían con bandas de María Inmaculada a las más calladitas; en casa una de las muchas normas de rigurosa aplicación era escuchar y callar; en la iglesia *todo* eran *misterios* (las preguntas estaban descartadas). El resto lo podéis imaginar.

Desde luego tardé bastante en saber cómo funcionaba la cosa, cómo era que el silencio se había convertido en una condición *sine qua non* de la opresión. Eso sí, cuando lo aprendí, lo aprendí para siempre. Descubrí que la opresión es un sistema que funcionaba muchísimo mejor cuando logra silenciar a sus víctimas, cuando las víctimas no pueden o ni siquiera saben comunicarse entre ellas debido a lo cual es imposible que dejen de sentirse aisladas. Esto lo descubrí, ya digo, un

poco mayor pues de niña bastante tenía con haberme dado cuenta que lo que me convenía era cerrar el pico pues cada vez que se me había ocurrido abrir la boca, los resultados solían ser nefastos.

Me di cuenta también que la facultad de *hablar* —o por lo mismo la de *escribir*— era algo muy serio. Algo que tenía consecuencias. Entendí que dar mi opinión —cuando mi opinión no coincidía con la de los que mandaban— podía salirme caro al tiempo que desde luego engendraba también toda clase de responsabilidades que de ninguna manera podían tomarse a la ligera. Educada en los principios del más estricto individualismo (*tú a lo tuyo* o también, *a ti lo que hagan los demás ni te va ni te viene*) resulta —creo— más fácil de entender lo cabreada que yo estaba casi siempre. Un día, no sé cómo, comprendí que tal y como estaban las cosas no me gustaban un pelo. A partir de ese momento, decidí que había llegado la hora de que los demás (todos) supieran cómo me sentía o lo que pensaba. Empecé mi *deriva*, al principio muy poco a poco y después cada vez más rápidamente.

Me di cuenta también que todo aquello no tenía nada extraordinario. Les ocurría a muchas. Ciertamente, nunca pensé que una escritora (airada o no) pudiera cambiar semejante estado de cosas o por lo mismo: no es que de antemano yo *pretendiera* nada es que... fui a nacer así igual que otras nacen guapas, chinas o especialmente dotadas para las matemáticas. Con el tiempo fui acostumbrándome a esa necesidad mía de comunicarme por escrito o, también, a la de inventar historias aunque descubrí que no estaba sola en este empeño pues detrás de la supuestamente solitaria figura de quien escribe hay toda una comunidad de colaboradores necesarios y una debe contar con ellos pues sin su ayuda es imposible dedicarse a este oficio.

Me refiero, claro está, a las personas que previamente leen mis textos, las que los corrigen, maquetan o publican; las que me aconsejan y orientan, las que preparan la sopa mientras yo me dedico (más o menos tranquilamente) a lo mío. Me alegra poder decir que cada una de mis novelas, poemas o artículos, cada una de mis traducciones, cuentos o reportajes han sido leídos por una o varias personas y sus sugerencias me ayudaron y siguen ayudándome mucho. Doy las gracias a todas.

De ellas aprendí que quienes nos dedicamos a este oficio no estamos en él como estaba Moisés en el desierto. No hemos sido elegidos para conducir a las masas hacia los pastos *de leche y miel* de la Biblia o, ni mucho menos, para decirle a nadie lo que tiene que hacer. En fin. Puede que haya gente así pero en general, bastante tenemos algunas con buscar algún sentido a nuestra vida antes de intentar ofrecérselo a los demás por si pudiera serles de alguna utilidad.

Por otra parte, no tengo problema en aceptar que como mujer medianamente educada (española de nacimiento y palestina por elección) soy un ser humano limitado por los presupuestos de una clase social determinada (y privilegiada), de un género (el femenino) y de un tipo de sexualidad concreta. Lo sé y por supuesto

lo asumo. Asumo que lo que escribo tiene esas raíces concretas tamizadas por una experiencia vital determinada: la mía. Aún así y por muy personal que sea esta experiencia, tengo el propósito de seguir trabajando con la esperanza de que lo que escribo encuentre eco en las experiencias de los demás.

## ESCRIBIR COMO UN ACTO DE RESISTENCIA

Intento acercarme a la verdad. Decir la verdad puede ser incómodo o no pero siempre es una responsabilidad que significa, entre otras cosas, correr el riesgo de darse de bruces contra el suelo. Aunque crea (o al menos una parte de mí crea) que parte de lo que digo o hago no merece la pena. Que, en el fondo, soy un poco tonta. Supongo que esta idea sigue todavía ahí, que subyace de alguna manera todo lo que me enseñaron durante la infancia; lo que mis *educadores* (o por lo mismo *mis entrenadores*) implantaron a fuego en mi cerebro y en otras partes de mi cuerpo. Lo juro: no resulta fácil deshacerse de unos *implantes* así pero creo haberlo conseguido un poco y a día de hoy ya no pienso que soy tonta aunque a veces me sienta un poco desconcertada. Pero, en general, creo que por fin he conseguido aceptarme a mí misma como una escritora que definitivamente tiene algo que decir. Algo que, quizá, merezca la pena decirse siempre que lo diga bien. Y cuando me preguntan a que me dedico, en fin, puedo decirlo sin ruborizarme.

Imagino que tomarse la escritura tan en serio, esforzarse tanto en alimentar con tesón y humildad la confianza que siento en mis propias fuerzas es lo que me hace ir poco a poco superando obstáculos; mantener la esperanza en un mundo que parece empeñado en destruirla; rechazar el papel de víctima pasiva o quejumbrosa.

Recurrir al poder y la magia de las palabras es mi pócima secreta, la pócima mágica que me ayuda a seguir viviendo.

Me ayuda a resistir.

No había cumplido todavía los dieciséis años cuando cayeron en mis manos los dos tomos traducidos del *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir. Recuerdo que este libro fue un aldabonazo: un palito que la Beauvoir metió en el avispero de mi recién nacido desasosiego cuando descubrí que, al haber nacido chica, lo tenía todo bastante más difícil que mis hermanos.

Digamos que la cosa fue más o menos así:

Al terminar Sexto (y a falta de lo que entonces se llamaba Preuniversitario) mi padre decidió que no siguiera estudiando y me sacó del colegio para matricularme en una academia con la intención de que aprendiera (aprendí) mecanografía y taquigrafía. Se trataba por lo visto de empezar a preparar unas oposiciones con

el objetivo de llegar a ser una buena secretaria de juzgado (a ser posible, el suyo) pues según decía, él me conocía bien y no le veía ningún sentido a que yo fuese a la Universidad pues *para lo que va a servirte...* Resumiendo: pensó que era mejor dedicar nuestros limitados recursos a mi hermano mayor.

Recuerdo que fue en ese momento cuando me despabilé y vi cómo la escritura se me revelaba como lo que es o mejor dicho, como lo que siempre sería para mí a saber: un instrumento de resistencia en contra de la exclusión. De todas las exclusiones. Más o menos por esa misma época empecé mi primer diario utilizando para escribir los signos del alfabeto griego pues, al saberme estrechamente vigilada, no quería que nadie lo leyese). En ese primer diario (todavía lo tengo) gritaba –literalmente gritaba– la rabia que sentía contra todas las decisiones tomadas en mi nombre, todas las variantes de opresión de las que yo me sentía víctima.

Descubrí también algunas cosas que a partir de entonces iban a ser muy importantes para mí. Y la primera de todas era que (si quería mantenerme cuerda), tenía que escribir. La segunda, casi simultáneamente, fue un descubrimiento: el descubrimiento de que siempre son los críticos, mayoritariamente varones y mayoritariamente pertenecientes a una clase acomodada, los que deciden si lo que una hace –independientemente de si tiene valor literario o no– merece la pena. Dicho de otra manera: si lo que escribes puede clasificarse como Literatura o pertenece al sub-apartado de la literatura con minúscula (y además adjetivada como *femenina, intimista, infantil, de entretenimiento, escolar, histórica* e incluso *folkórica o tradicional*). Se da por hecho que la Literatura con Mayúsculas ni la escribes ni puede escribirla alguien como tú pues son siempre *Otros* quienes tienen que escribirla, Dios es un señor con barbas y a ti te encontré en la calle.

Por último –revelación número tres– me di cuenta que si bien la pertenencia a un género o a una clase determinada no asegura la *excelencia* de una obra artística, lo que sí asegura –y no es poco– es que las obras realizadas por las personas del sexo *adecuado* o por aquellas otras que sin ser hombres pertenecen a la clase social *adecuada*, se conservan, difunden y valoraban muy por encima de todas las demás.

Escribir como un acto de resistencia ante semejante estado de cosas.

Escribir como respuesta vital siempre urgente, cada día más urgente, a una necesidad.

La necesidad de fijar mis recuerdos para no olvidar.

O también, para qué negarlo, con el objetivo de conseguir justamente lo contrario pues en el fondo, siempre tuve la secreta esperanza de que la escritura fuese también una actividad capaz de transformar mis recuerdos en algo más asimilable e incluso, tal vez, precedero. De conseguir que algunos recuerdos, después de

durar un tiempo, desaparecieran. Recuerdos que sirvieran para ser recordados un rato, narrados, almacenados y por fin, eliminados definitivamente.

Escribir para resistir al tiempo.

Escribir para controlarlo y definirlo (en lugar de controlarme o definirme a mí misma, algo que resulta mucho más aburrido).

Escribir como conquista.

Escribir como crucifixión del pasado.

Escribir como liberación.

Liberación ¿de qué?

Pues, nada menos, que de esos fantasmas que se empeñan en convencernos de que Belleza y Arte son actividades libres de toda contaminación y su existencia sólo es posible en la estratosfera de un mundo aséptico, equidistante, neutral y objetivo. Los que dicen que la cultura es algo autónomo que no tiene relación alguna con la vida *civil* o los que piensan que, al menos, debería procurar abstenerse de esa clase de peligrosas relaciones.

En fin, nada como vivir desde muy cerca una ocupación bestial que dura ya 67 años para curarse de esa clase de fantasmas en un *Brave New World* donde, desgraciadamente hay muchos que ya no tienen nada que perder. Es aquí precisamente donde una empieza a comprender que la Literatura por la Literatura, el Reino de la Literatura, la República de las Letras y los Laureados de las Letras (si se quedan sólo en eso) no valen un pimiento.

Escribir como muestra de solidaridad.

Intentar hacer de la Literatura una tarea histórica y no sólo estética (Edward Said). Aceptar que (nos guste o no) la cultura está irremediabilmente relacionada con la política por más que maestros, profesores y gurús artísticos varios hayan intentado construir una muralla china entre las dos.

Escribir para intentar cambiar el mundo pues, a estas alturas, mejorarlo es imposible ya que está tan destrozado que se ha vuelto irreparable. El barco se hunde.

Escribir como tabla de salvación.

Soy de las que están convencidas de que el Arte – en cualesquiera de sus variantes o especialidades– tiene una *misión* intrínseca. Y esa misión es estética desde luego pero también ética y política. Y empleo la palabra política en el sentido griego clásico: creo que la piedra de toque de la gran Literatura es el nivel en el que ésta consigue interactuar con la realidad para forjar un consenso. Hace mucho tiempo que caímos en la cuenta de que la Cultura es una especie de laboratorio

ideológico que inventa definiciones y separaciones con el fin de proporcionar una identidad (determinada) al individuo. Pero creo (y lo creo firmemente) que lo que distingue a las verdaderas escritoras y poetas es su capacidad para resistirse a un determinado estado de cosas mientras, al mismo tiempo, ofrecen alternativas a sus lectores mostrándoles que es posible hacer las cosas *de otra manera*.

Y es precisamente en los períodos de crisis cuando pensadoras, escritoras y poetas tienen a involucrarse más directamente en la política. ¿Algunos ejemplos? Sócrates y Séneca o Sor Juana Ines de la Cruz, Teresa de Avila, Camus, Zola, Doris Lessing, Simone de Beauvoir, Margaret Atwood, Berger, Galeano, Edward Said...

Escribir para resistir. Resistir como forma de vida.

Hacemos lo que podemos. Somos conscientes de que para vivir el ser humano se ve obligado a resistir: resiste la fuerza de la gravedad, la inercia y la fricción del aire cuando avanza y, de la misma manera, la enorme presión social encubierta que intenta hacer de ellas/ellos unos “buenos chicos”, que intenta modelarnos para adaptarnos a conformismos varios. Los verdaderos escritores son aquellas y aquellos que tienen el valor y la lucidez de resistir allí donde la presión para adaptarse se hace más grande, la presión para controlar sus gustos, sus valores, su estilo, su lengua.

Es por eso que en las condiciones bárbaras que prevalecen en el mundo que hemos construido entre todos, hay quienes se sienten obligadas a tomar la palabra, a adoptar una postura política clara y moral. Hay quienes se sienten llamadas a resistir.

No es por casualidad que la mayor parte de los grandes escritores hayan sido *opositores* en un sentido u otro. Que gente tan poco radical como Fray Luis de León, Flaubert o Baudelaire fueran –en su tiempo– llevados ante los tribunales. Existen, por supuesto periodos más tranquilos durante los cuales la tarea de oposición no resulta tan evidente. Pero en ciertas circunstancias y allá donde exista la opresión o se conculquen los derechos del hombre soy de la opinión que las y los escritores (y por lo mismo el resto de ciudadanas y ciudadanos) están obligados a bajar a la arena y a tomar partido.

## ESCRIBIR COMO UN ACTO DE AMOR

Con alegría eso sí y sobre todo con valor pues como bien dice el maestro Bolaño (que por cierto dice unas cosas tremendas y a veces acertadísimas) *Para acceder al arte lo primero que se necesita, incluso antes que talento, es valor*<sup>1</sup>.

---

1 Rubio, Carlos. Diario *Reforma*, Ciudad de Mexico (11, julio, 1999).

Y dice también: *Tener el valor, sabiendo previamente que vas a ser derrotado, y salir a pelear: eso es la literatura*<sup>2</sup>.

La Literatura como trabajo de amor perdido (Shakespeare), como algo perfectamente desinteresado que no tiene mucho que ver con eso que llaman *la posteridad* o el famoseo y que es precisamente lo que hace de ella, algo tan grande y tan hermoso: *perder la certeza de nuestra grandeza inmortal, nos lleva a crear cosas mucho mejores, como el valor, la dignidad, la ética, la moralidad, la bondad, que desaparecen con nosotros y tienen un radio de acción tan mínimo como heroico*<sup>3</sup>.

Sí, hacer de la Literatura un trabajo de amor perdido.

Dicho esto: amar algo no implica caer en el sentimentalismo. Detesto los sentimentalismos. Y también los convencionalismos (eso creo que ya lo he dicho) o la falta de coraje a la hora de asumir un riesgo. No sólo en la Literatura, claro, pero por supuesto también en la Literatura donde la asunción de ciertos riesgos *formales* es imprescindible si lo que se pretende es descubrir o construir algo efectivo y bello que merezca la pena.

A estas alturas, ya lo sabemos, todas o una gran parte de las historias han sido ya contadas. Pero por buenas, por necesarias que nos parezcan todas estas historias si las enmarcamos en una estructura floja, caduca o previsible bueno... a esas historias *no las salva ni Dios*<sup>4</sup>.

Y no es eso lo que queremos ¿verdad?

Escribir como una forma de vida.

Escribir como una forma de ser.

Siempre supe del poder que tenían de las palabras. A algunas de esas palabras puedes incluso amasarlas como si fueran pan o convertirlas en piedras y lanzarlas con la honda con la clara intención de tumbar a tu enemigo (véase Quevedo). A cambio, hay otras que pueden hacerte caer a ti y después de golpearte en el pecho, dejarte sin respiración.

Nunca me pareció demasiado acertado ese refrán que dice que "*las piedras y los palos pueden romperte los huesos, pero las palabras, no*". No, en mi opinión eso no es del todo cierto. Quizá las palabras no puedan romperte los huesos pero desde luego son muy capaces de romperte el alma y eso, qué quieres que te diga, también es muy peligroso. ¿O no?

2 Anónimo. Revista electrónica *Mezclaje*. (agosto, 1999).

3 Lozano, Antonio. Revista *Qué Leer*. (enero, 2001).

4 Riera, Jaime. Revista *Amanacco Letterario*. (diciembre, 2003).

Después, andando el tiempo, una mañana me desperté después de haber soñado algo que tenía que ver con todo esto y se me ocurrió que si las palabras podían romper el alma, también podrían sanártela. Un descubrimiento que me tranquilizó bastante y que de alguna manera fue lo que me impulsó a escribir poemas (nunca me había atrevido a hacerlo). Quizá porque siempre había creído que la poesía es un mecanismo literario demasiado peligroso que no le permite a una esconderse o protegerse pues deja demasiado al descubierto los entresijos del alma. Los entresijos, todo el mundo sabe, son peligrosos. Por los entresijos se cuelan las lagartijas de las envidias, las mariposas de la vanidad, las pompas del *ego*... en fin, esa clase de cosas.

Pero en cualquier caso, los poemas fueron llegando por su cuenta sin que nadie –y menos que nadie yo misma– les hubiese invitado a venir. Después, cierto día, dejaron de hacerlo y yo, por supuesto, dejé de escribirlos. Cuando al cabo de un tiempo volví sobre ellos, me dio la impresión de que no eran del todo míos y que lo que yo había escrito –sin ser para nada una declaración de amor– tenía mucho que ver con una suerte de obsesión amorosa. Una obsesión pasión avasalladora por el sonido y el sentido de las palabras de nuestra hermosa lengua.

#### BILADI

Los ojos te he de dar  
no lo olvides  
para que claves en ellos  
sombas que antaño anohecías.

Y esto también: dedos  
aprehendidos de otra mano  
aquella, la lejana  
agitándose vana  
entre las olas de muertos.

De siempre entendí que hacer literatura era (un poco) como hacer el amor con las palabras.

Descubrí también –para mí todo en este oficio sigue siendo un descubrimiento– que la relación entre palabras y realidad no era algo tan sólido como me habían hecho creer los libros. Que se trataba más bien de un vínculo débil e imperfecto. Y de la misma manera que las palabras reflejan la realidad (cada muerte, cada victoria, cada injusticia, cada fracaso pueden terminan engendrando un poema), también pueden *crearla*. O como si la palabra fuese una especie de venablo que,

después de lanzado, se perdiera en el espacio sin conseguir muchas veces dar en el blanco o por lo mismo, sin que consigas decir con claridad lo que quieres decir tal y como quieres –exactamente– decirlo.

Aunque a pesar de todo, lo intentes.  
Intentes dar en el blanco.

### XVIII

En los días de lengua roja,  
las lunas heladas forman  
cúmulos de gasa transparente  
que mudan en peces pulmonados

y a veces  
también en algas.

Yo espero allí  
y en la luz hacia adentro,  
hacia su parpadeo inalterable,  
me sumerjo.

Y cuando se me acaba la respiración vuelvo a la superficie, a tomar oxígeno antes de volver a sumergirme en el inalterable parpadeo de la escritura. Porque, en definitiva, la escritura para mí es precisamente eso, tiene que ser *eso*: apenas un parpadeo, un acto de humildad. En el momento de escribir no queda sitio para otra cosa. Sobre todo si se piensa que sean cuales sean los motivos que te llevan hasta ella, antes de ti hubo escritoras enormes que te enseñaron todo lo que ahora sabes. A ti lo único que te queda por hacer es un esfuerzo para *dar en el blanco* y si no lo consigues... bueno pues te aguantas y vuelves a intentarlo otra vez (siempre otra vez) sin miedo pero también sin arrogancia porque eres consciente (siempre lo has sido) de que gracias a la escritura, vives. Airadamente, pero vives.

### BIBLIOGRAFÍA

Anónimo. Revista electrónica *Mezclaje* (agosto, 1999).

Lozano, Antonio. Revista *Qué leer* (enero, 2001).

Riera, Jaime. Revista *Amanacco Letterario* (diciembre, 2003).

Rubio, Carlos. *Diario Reforma*, Ciudad de México (11 de julio de 1999).